

olvidar su destino. "Nadie sabe ya vivir—observaba recientemente Aldoux Huxley—, salvo, acaso, algunos italianos, los provenzales y los españoles" . . . Sí, quien anhele tomar lecciones de vida sabe que es al lado de los españoles donde es necesario instruirse. Los españoles conservan el secreto de la resistencia a esta invasión de la materia de que tanto nos quejamos actualmente. Son el refugio del espíritu.

"Uno de los rasgos de nuestra época—escribía hace algunos años Salvador de Madariaga—consiste en tratar de buscar el remedio a los males públicos en reformas de carácter científicoeconómico, jurídico y hasta mecánico. A nadie se le ocurre que la curación de estos males es menester buscarla en el espíritu . . . En esta materia, España posee un instinto más seguro que las demás naciones. Ha admirado siempre a sus santos, incluso en los tiempos en que la superstición podía ensuciar un poco este sentimiento. Y en nuestros días, España ha sabido venerar con una afección más depurada y más humana al santo a quien se debe el renacimiento de la cultura española: a don Francisco Giner de los Ríos".

A Giner de los Ríos, santo laico y sucesor de la tradición de la santidad religiosa, es, en efecto, a quien se debe el despertar de la espiritualidad española. A él, que, 1867, al lado de su maestro Sanz del Río, renunció a su cátedra de la Universidad de Madrid, negándose a firmar una declaración de fe política, confesional y dinástica; a Giner de los Ríos, que, más tarde, encarcelado en Cádiz, rechazó la oferta del Cónsul inglés que acudió a ofrecerle el apoyo de la opinión pública de su país. (Cuánto han cambiado los tiempos!) Por sus fundaciones universitarias—la Institución Libre de Enseñanza—, comparables a las fundaciones de Santa Teresa, este apóstol "consagró su vida a hacer hombres". Y han sido esos hombres nuevos, y al mismo tiempo profunda y tradicionalmente españoles, estos jóvenes deportivos, abiertos, amigos del aire libre, y de las ideas asépticas, los que, desde hace treinta años, han transformado de una manera tan completa las costumbres de la Universidad y de la ciencia españolas.

Todo lo que éstas cuentan de maestros eminentes ha sido formado en la atmósfera saludable creada por Giner; tanto Manuel B. Cossío, el descubridor del *Greco*, como el venerable Ramón Menéndez Pidal, descubridor del *Cid*, filólogo y romanizante eminente, cuya adhesión a la República había producido una impresión tan decisiva. Que un hombre de estudio de esta altura, que un hombre de gabinete y de meditación, cuya carrera ha transcurrido durante años y años definiendo las más antiguas tradiciones morales e históricas de España, saliera de su gloriosa serenidad para adherirse públicamente, con Ramón Pérez de Ayala y José Ortega y Gasset, al movimiento revolucionario, ¿no era bastante para demostrar hasta qué punto este movimiento tenía sus raíces en el alma nacional, y hasta qué punto era fatal, lógico y necesario?

Así, la aspiración de España iba cumpliéndose por la reforma universitaria, por los primeros escritos de Ganivet y de Unamuno, el *Idearium español*, de aquél, y los evangelios de éste: *El Sentimiento trágico de la Vida*, esta *Vida de Don Quijote y Sancho*, en la que, en una lengua de metal, se resume toda la filosofía de la España pasada y de la España futura, todo su realismo místico, su quijotismo eterno, esta crítica de la ilusión cósmica y amarga y total contemplación de la nada universal, que, por un salto paradójico de la voluntad, conducen al hombre español, al *homo hispanicus*, a vivir más apasionadamente y más libremente que ningún otro pueblo. Y no hay que olvidar tampoco, en este examen de la edad heroica del renacimiento español y de sus precursores, la figura del magnífico y jovial conquistador Blasco Ibáñez, tan popular, tan tumultuoso, quien hubo de ser enterrado en tierra francesa antes de haber visto realizarse el sueño de su romántica juventud de conspirador.

Pero lo que ha habido de admirable en la realización final de la República española ha sido el apartamiento, la desaparición, la ausencia de todo romanticismo, el hecho de que no han tomado parte en ella lira, tribuno, retórica, barricadas, Lamartines ni D'Annunzios. Todo los intelectuales cuya adhesión a la República inclinó la balanza no actuaron directamente sobre el pueblo. Pero novelistas sutiles o metafísicos altivos, no por eso dejaban de ser el pueblo mismo. Estaban fundidos con él en la misma realidad. No debemos hacernos en Francia ninguna ilusión; lo que ha echado al rey de Madrid ha sido la evidencia. El rey ha sido echado por España y por la realidad española. Representaba un régimen mecánico, extranjero, artificial, sin prestigio y sin espíritu, el cual no correspondía a ninguna de las aspiraciones de la unanimidad española. Una vez más, no podremos juzgar a una nación extranjera con nuestros prejuicios. La idea monárquica tal vez represente una tradición francesa. Pero no representa nada para España. Basta mirar los retratos de la corte hechos por Velázquez y por Goya para saber lo que todo español ha pensado siempre de sus soberanos. Y bastaba asimismo escuchar el inmenso clamor de alivio que Madrid todo entero—estudiantes, burgueses, obreros, mujeres, muchachas, aristócratas y curas—lanzó ante la noticia de la partida de don Alfonso "¡Ya se fue . . ." (1)

En medio de este júbilo, un solo punto negro, pero penoso para el viajero francés: el estupor indigno y doloroso con que, entretanto, España se veía desconocida en Francia, desacreditada, escarnecida, injuriada. En España no se comprendía que los franceses hubiéramos olvidado que esos hombres que habían conducido y precipitado el movimiento revolucionario fueron, durante la guerra, nuestros ardientes defensores, cuya divisa había sido "¡Antes con Francia vencida que con Alemania victoriosa!" y que no habían cesado de luchar contra los que Unamuno llamaba los *trogloditas*, toda la camarilla de jesuitas y de militares, inspirada por una mojigata y bobalicona germanofilia que en el *A B C* se desataba en insultos contra una Francia a la que se pintaba en plena decadencia y en la agonía. No se comprendía en España cómo en Francia pudiera ignorarse que el régimen que se hundía era el que había permitido a los submarinos alemanes abastecerse en todos los puertos españoles.

Pero si la ceguera de los partidarios y de los facciosos es tal que haga perder a Francia la amistad del pueblo más generoso y más original del mundo, peor para nosotros. Con todo, no podrán volver hacia atrás, borrar la historia, ni impedir a la cultura española y a la cultura francesa haber estado unidas en el pasado, ni que todo nuestro siglo clásico se haya nutrido con las riquezas, las invenciones, las brillantes y prestigiosas audacias del genio español, no podrán tampoco impedir a la España moderna el haber seguido siempre de cerca nuestra literatura, habiendo elegido en ella, para fortificarse, los ejemplos de libertad moral, de espíritu aventurero, de cariño loco por la perfección que constituyen su grandeza. Después de todo, si los españoles han llevado a cabo esta revolución, ha sido a los acordes de una cierta *Marsellesa*, cuyas notas hacemos resonar, desde hace mucho tiempo, en las distribuciones de premios y en nuestros comicios agrícolas. Y al echar al "rey trapacero", al "rey embustero", habrían podido recitarle los versos de un cierto Romancero con que el que se atiborra el cerebro de nuestros escolares, y que nuestro Víctor Hugo ha puesto en labios del *Cid*:

*Vous ne m'allez qu'à la hanche;
Quoique altier et hasardeux,
Vous êtes petit, roi Sanche;
Mais le Cid est grand pour deux . . .* (2)

(1) En español en el texto.

(2) No me llegáis sino a la cadera—aunque aitanero y temerario—vos sois pequeño, rey Sancho, más el Cid es grande por ambos.

Ahora habremos de decidirnos. En esta revolución hay algo nuestro. Aún más. Cuando los españoles festejen el Catorce de Abril, no evocarán sino una jornada pura de sangre y de desorden. Nosotros no podremos decir otro tanto del Catorce de Julio.

Este extraño pueblo madrileño, que en todas las cosas sabe poner su gracia y su gentileza, no rompió ni un cristal del palacio real, el cual se hallaba guardado por muchachos jóvenes que se habían impuesto a sí mismos el deber de impedir a la multitud que pasara adelante. Improvisáronse pullas y canciones contra los amos de la víspera; pero yo no he oído ni una injuria baja, ni el menor grito de rencor o de venganza. Solamente hube de oír que hubiera sido necesario colocar unos soldados ante la Embajada de Francia, y el otro día, la multitud ha manifestado ante el Consulado francés en Barcelona. "No quiero perder a Francia", exclamaba recientemente Sieburg, como conclusión de su famoso libro sobre nuestro país, y es indudable que existen grandes razones para que la amistad franco-alemana sea dramática y difícil de definir y aún de guardar. Pero, ¿por qué no habría de ser lo mismo en cuanto a la amistad franco-española, y por qué acabar de aislarnos del universo aceptando perder a España?

Los franceses somos una civilización de tal modo civilizada que ya no sabemos lo que significa la palabra *pueblo*. Y el extraordinario mérito de la civilización española es el de conservar el sentido de esta palabra, de conservar hasta el sentido de la palabra *prehistoria*, de la palabra *barbarie* y de la palabra *naturaleza*, vocablos, que ha ido integrándolos en su vida perpetua, llena de movimiento, indefinida, en su historia y en su cultura.

Existe, pues, una realidad española, idéntica desde la época de las grutas de Altamira, una realidad fiel a sí misma, la cual, en ciertos momentos, se pierde entre la arena y que los alentadores de la conciencia nacional y los excavadores maravillosos encuentran de nuevo y la hacen brotar. Y esta realidad es popular, esencial y exclusivamente popular, hasta tal punto popular que todo el pueblo español no está compuesto más que de aristócratas. He ahí por qué no hay que extrañarse de la unidad viva y estrecha en que los intelectuales españoles se han encontrado de acuerdo con el pueblo. Ya hace mucho tiempo que José Ortega y Gasset estudiaba a España, la conocía, la sentía y la encarnaba. Sabía que era "invertibrada", sabía la anarquía de que estaba compuesta, separando las castas, haciendo del ejército y de la iglesia organismo distintos, sin comunicación con la masa. Ortega y Gasset veía los males del caciquismo y presentía no los remedios, sino el esfuerzo mediante el cual España trataría de reformarse, de adquirir nuevamente conciencia de sí misma y de revivir. Y de la misma perspicacia, de la misma voluntad tranquila y firme ha dado pruebas un Pérez de Ayala, novelista potente, ensayista y crítico rectilíneo, uno de esos hombres que mejor han descrito la provincia española, su sueño, y también sus inmensos recursos espirituales, y este naturalismo, este humanismo noble e irónico, esta bondad sonriente y acertada, este buen sentido, esta gravedad rústica que forman el fondo del carácter español y del que los diálogos de Don Quijote y Sancho nos habían dejado una imagen sabrosa inolvidable. Al lado de estos hombre, he ahí a Gregorio Marañón, cuyo nombre es conocido en Francia a causa de sus trabajos de psiquiatría, que en nuestros hospitales parisienses ha sido el discípulo de nuestros grandes maestros, y cuya radiante presencia habrá de conocerse próximamente entre nosotros. He aquí a Manuel Azaña, el nuevo ministro de la Guerra, que ha escrito no hace mucho tiempo un libro notable y muy justo sobre la política francesa; Fernando de los Ríos, sobrino de Giner de los Ríos y heredero de su tradición de honor y de austeridad; Eduardo Ortega y Gasset, hermano del filósofo, compañero de destierro de Una-